

WHERE ARE YOU GOING, LORD?



***Quo vadis, Domine?* (Where are you going, Lord?) is the question posed by St. Peter as, in confusion and dread, he fled the great fires and persecution of Rome by Emperor Nero.**

Just as St. Paul was mystically confronted by Jesus on the road to Damascus and asked by the Lord, “Why are you persecuting me?”; in this instance, St. Peter asks the question and Jesus, in a mystical way, answers, “I am

going to Rome to be crucified again.”

Realizing Jesus’ fidelity to His people in the face of every trouble and becoming aware of his own (Peter’s) cowardice, St. Peter makes a courageous about-face and returns to Rome to bring the message of Jesus’ fidelity and living presence among the people.

For the strong and the weak, the powerful and the suffering, the believer and the non-believer, Jesus is always there and always has the right answer. St. Peter re-entered the city and changed the lives of so many who would soon see Jesus face-to-face as he did.

St. Peter’s question came from deep inside of him. He was and wanted to be a

disciple of Jesus. He wanted to be a follower of Jesus, whose goodness and truth changed despair into hope.

He had experienced the miraculous catch of fish! He was there and helped distribute the five loaves and the two fish, clearly showing that miracles happen.

He saw and heard Jesus pray and spoke face-to-face with Jesus, the Risen Christ who showed him Life after death.

“Where are you going, Lord? I’ve tried to follow you faithfully, but now I’m confused and even afraid.”

Oh, how he longed to have the strong leadership of the one who once saved him from sinking in the raging Sea of Galilee.

In these days, we are following where the Lord is leading. As He travels from town to town throughout New Hampshire, just as He did in the Holy Land, many will look for a sign to give them faith and hope.

Bystanders and pilgrims alike will look upon the sight, just as the disciples did, as will the sick and those tormented by demons. Many, like Nicodemus and Joseph of Arimathea, who secretly believe and want to follow, will look and be encouraged.

Even now, we give thanks to God for calling so many of our young people to religious life as followers of Jesus in true discipleship. We praise God for our priests, both the newly ordained and those ordained for many years, who continue to offer the true worship of the Son of God, who trusted us enough and gave us the sacraments through the Holy Spirit.

All of our ministries in the Church, healthcare certainly included, bring us, as the Body of Christ in the world, to do as St. Peter and St. Paul did — to turn to the Lord, ask the Lord, accept the sometimes startling and, most often, sublime invitation of the Lord not to fear, but to trust in Him as the Way, the Truth and the Life. After all, He is God and He knows us better than we could ever fully know ourselves.

So many strange and odd alternatives affect our thinking. So many influencers and fads come and go because they are inconsistent, ultimately unfounded or, so often, are very, very costly financially, socially, spiritually and psychologically.

The great minds of the ages have given us the path to becoming better disciples. Those whose insights are collected in what has become known as the Great Books are so intimately bound to the Good Book that when we, in our busyness or idleness, ask, “*Quo vadis, Domine?*” “Where are you going, Lord?” we may open our inner self to hear his quiet response, “Come and see.” ■



Bishop Peter A. Libasci, D.D., is the Tenth Bishop of the Diocese of Manchester.

¿ADÓNDE VAS, SEÑOR?

***Quo vadis, Domine?* (¿Adónde vas, Señor?) es la pregunta que se hace San Pedro cuando, confundido y atemorizado, huye de los grandes incendios y de la persecución de Roma por el emperador Nerón.**

Al igual que San Pablo fue confrontado místicamente por Jesús en el camino de Damasco y el Señor le preguntó: “¿Por qué me persigues?”; en este caso, San Pedro hace la pregunta y Jesús, de forma mística, responde: “Voy a Roma para ser crucificado de nuevo”.

Al darse cuenta de la fidelidad de Jesús a su pueblo frente a todos los problemas y tomar conciencia de su propia cobardía (la de Pedro), San Pedro da un valiente giro y regresa a Roma para llevar el mensaje de la fidelidad y la presencia viva de Jesús entre el pueblo.

Tanto para el fuerte como para el débil, el poderoso y el que sufre, el creyente y el no creyente, Jesús siempre está ahí y siempre tiene la respuesta correcta. San Pedro volvió a entrar en la ciudad y cambió la vida de muchos que pronto verían a Jesús cara a cara como él.

La pregunta de San Pedro surgió de lo más profundo de él. Era y quería ser discípulo de Jesús. Quería ser un seguidor de Jesús, cuya bondad y verdad transformaron la desesperación en esperanza.

Había experimentado la pesca milagrosa. Estaba allí y ayudó a distribuir los cinco panes y los dos peces, demostrando claramente que los milagros ocurren.

Vio y oyó rezar a Jesús, también habló cara a cara con él, el Cristo resucitado que le mostró la Vida después de la muerte.

“¿Adónde vas, Señor? He intentado seguirte fielmente, pero ahora estoy confuso e incluso asustado”.

Oh, cuánto anhelaba contar con el fuerte liderazgo de aquel que una vez le salvó de hundirse en el embravecido Mar de Galilea.

En estos días, estamos siguiendo hacia donde nos guía el Señor. Mientras viaja de pueblo en pueblo por todo New Hampshire, igual que hizo en Tierra Santa, muchos buscarán una señal que les dé fe y esperanza.

Tanto los transeúntes como los peregrinos contemplarán el espectáculo, al igual que los discípulos, también los enfermos y los atormentados por los demonios. Muchos, como Nicodemo y José de Arimatea, que creen en secreto y quieren seguir, mirarán y se animarán.

Incluso ahora, damos gracias a Dios por llamar a tantos de nuestros jóvenes a la vida religiosa como seguidores de Jesús en un verdadero discipulado. Alabamos a Dios por nuestros sacerdotes, tanto los recién ordenados como los ordenados desde hace muchos años, que siguen ofreciendo el verdadero culto al Hijo de Dios, que confió lo suficiente en nosotros y nos dio los sacramentos por medio del Espíritu Santo.

Todos nuestros ministerios en la Iglesia, el de la salud ciertamente incluido, nos llevan, como Cuerpo de Cristo en el mundo, a hacer como San Pedro y San Pablo: volvernó al Señor, pedirle, aceptar la a veces sorprendente y, la mayoría de las veces, sublime invitación del Señor a no temer, sino a confiar en él como el Camino, la Verdad y la Vida. Al fin y al cabo, Él es Dios y nos conoce mejor de lo que jamás podríamos conocernos a nosotros mismos plenamente.

Tantas alternativas extrañas afectan nuestro pensamiento. Tantos influenciadores y modas van y vienen porque son inconsistentes, en última instancia infundadas o, tan a menudo, son muy, muy costosas financiera, social, espiritual y psicológicamente.

Las grandes mentes de las épocas nos han entregado el camino para ser mejores discípulos. Aquellos cuyas ideas están recogidas en lo que se ha dado en llamar Los Grandes Libros están tan íntimamente ligados al Buen Libro que cuando, en nuestro ajetreo u ociosidad, preguntamos: “¿*Quo vadis, Domine?*” “¿Adónde vas, Señor?” podemos abrir nuestro interior para oír su callada respuesta: “Ven y verás”. ■